

Vita activa

Han, Byung Chul

Economía / Sociedad / Tecnología

Hannah Arendt, en su ensayo *La condición humana*, trata de rehabilitar la supremacía de la vita activa contra la primacía tradicional de la "vita contemplativa" y procura articularla de manera novedosa en atención a su complejidad interna. A su parecer, la "vita activa" ha sido, a lo largo de la tradición, injustamente reducida al mero desasosiego, nec-otium o a-scholia

Ella vincula su nueva definición de la "vita activa" a la primacía de la acción y al hacerlo se consagra, como su maestro Heidegger, al accionismo heroico. No obstante, el joven Heidegger orientó la acción decisiva a la muerte. La posibilidad de muerte impone unos límites a la acción y convierte la libertad en algo finito. Por el contrario, Hannah Arendt orienta la posibilidad de acción al nacimiento, lo que da un énfasis más heroico a la acción. Según la autora, el milagro consiste en el hecho mismo de haber nacido y en el nuevo comienzo que los seres humanos, en virtud de su condición de ser nacidos, han de llevar necesariamente a efecto. La creencia, que origina milagros, es reemplazada por la acción. Ahora, los milagros son originados por la acción heroica, a la cual el ser humano es obligado por el hecho de haber nacido. Así, la acción adquiere una dimensión casi religiosa.

Según Arendt, la sociedad moderna, como sociedad de trabajo, aniquila toda posibilidad de acción, degradando al ser humano a "animal laborans", a meros animales trabajadores. Expone que la acción ordena nuevos procesos de manera activa, mientras que el ser humano moderno está sometido pasivamente al proceso de vida anónimo. Incluso la reflexión se degenera reduciéndose a una pura función cerebral que consiste en un ejercicio de cálculo. Todas las formas de la vita activa, tanto la fabricación como la acción, se reducen al nivel del trabajo. Así, Arendt considera que la modernidad, que principalmente ha comenzado con una inaudita y heroica activación de todas las capacidades humanas, termina en una mortal pasividad.

La explicación de Arendt sobre la victoria del "animal laborans" no resiste una revisión que se atenga a los desarrollos sociales más recientes. Sostiene que en la modernidad la vida del individuo «está sumergida en el total proceso vital de la especie» y que la única decisión activa e individual consiste ya tan solo en soltarse, por decirlo así, y abandonar su individualidad para poder «funcionar»

mejor. La absolutización del trabajo está unida al desarrollo que consiste en que «solo con el posterior concepto de una "societas generis humani" (sociedad de género humano) lo "social" comienza a adquirir el significado general de condición humana fundamental». Arendt cree incluso poder reconocer señales de peligro de que el hombre «esté a punto de evolucionar en esa especie animal de la que, desde Darwin, imagina que procede». Supone que si todas las actividades humanas se contemplaran desde un punto suficientemente distante en el universo, ya no aparecerían como actividades, sino como procesos biológicos. Así, para un observador en el cosmos, la motorización se vería como un proceso de mutación, en cuyo transcurso el cuerpo humano, a modo de un caracol, se envuelve con una casa de metal, como bacterias que reaccionan al antibiótico por medio de mutaciones que las convierten en cepas resistentes.

Las descripciones de Arendt del "animal laborans" moderno no se corresponden con las observaciones que podemos hacer en la actual sociedad de rendimiento. El "animal laborans" tardo-moderno no renuncia de ningún modo a su individualidad ni a su ego para consumarse trabajando en el proceso vital anónimo de la especie. La sociedad de trabajo se ha individualizado y convertido en la sociedad de rendimiento y actividad. El "animal laborans" tardo-moderno está dotado de tanto ego que está por explotar, y es cualquier cosa menos pasivo. Si uno renunciara a su individualidad y se entregara plenamente al proceso de la especie, gozaría, cuando menos, de la serenidad propia de un animal. El "animal laborans" tardo-moderno es, en sentido estricto, todo menos animalizado. Es hiperactivo e hiperneurótico. A las preguntas de por qué durante la modernidad tardía todas las actividades humanas se han reducido al nivel del trabajo y por qué, más allá de esta cuestión, se alcanza un nivel de agitación tan nerviosa, hay que buscar otras respuestas.

La moderna pérdida de creencias, que afecta no solo a Dios o al más allá, sino también a la realidad misma, hace que la vida humana se convierta en algo totalmente efímero. Nunca ha sido tan efímera como ahora. Pero no solo esta es efímera, sino también lo es el mundo en cuanto tal. Nada es constante y duradero. Ante esta falta de Ser surgen el nerviosismo y la intranquilidad. El hecho de pertenecer a la especie habría podido ayudar al animal que trabaja para ella a alcanzar el sosiego propio del animal. El Yo tardo-moderno, sin embargo, está totalmente aislado. Incluso las religiones en el sentido de técnicas tanáticas, que liberen al hombre del miedo a la muerte y generen una sensación de duración, ya no sirven. La desnarrativización general del mundo refuerza la sensación de fugacidad:

hace la vida desnuda. El trabajo es en sí mismo una actividad desnuda. El trabajo desnudo es precisamente la actividad que corresponde a la vida desnuda. El mero trabajo y la nuda vida se condicionan de manera mutua. Ante la falta de una tanatotécnica narrativa nace la obligación de mantener esta nuda vida necesariamente sana. Ya lo dijo Nietzsche: tras la muerte de Dios, la salud se eleva a diosa. Si hubiera un horizonte de sentido que rebasara la vida desnuda, la salud no podría absolutizarse de ese modo.

Más desnuda que la vida del "Homo sacer" es la vida de hoy en día. Un "Homo sacer" es originalmente alguien que, a causa de una infracción, ha sido excluido de la sociedad. Se le puede matar sin ser sancionado por ello. Conforme a Agamben, el "Homo sacer" representa una vida absolutamente aniquilable. Como "homini sacri" describe también a los judíos en un campo de concentración, a los presos en Guantánamo, a los sin papeles, a los asilados que en un espacio sin ley esperan su expulsión, o incluso a los enfermos que yacen vegetantes enchufados a los aparatos de la unidad de cuidados intensivos. Si la sociedad de rendimiento tardo-moderna nos reduce a todos a la vida desnuda, entonces no solamente los seres humanos al margen de la sociedad o que se hallan en estado de excepción, es decir, no solo los excluidos, sino todos nosotros somos "homini sacri", sin excepción. No obstante, estos "homini sacri" tienen la particularidad de no ser absolutamente aniquilables, sino absolutamente inaniquilables. Son, en cierto modo, «muertos vivientes». Aquí, el término sacer no tiene el significado de «maldito», sino de «sagrado». Ahora, la nuda vida es en sí misma sagrada, de modo que ha de conservarse a toda costa.

A la vida desnuda, convertida en algo totalmente efímero, se reacciona justo con mecanismos como la hiperactividad, la histeria del trabajo y la producción. También la actual aceleración está ligada a esa falta de Ser. La sociedad de trabajo y rendimiento no es ninguna sociedad libre. Produce nuevas obligaciones. La dialéctica del amo y el esclavo no conduce finalmente a aquella sociedad en la que todo aquel que sea apto para el ocio es un ser libre, sino más bien a una sociedad de trabajo, en la que el amo mismo se ha convertido en esclavo del trabajo. En esta sociedad de obligación, cada cual lleva consigo su campo de trabajos forzados. Y lo particular de este último consiste en que allí se es prisionero y celador, víctima y verdugo, a la vez. Así, uno se explota a sí mismo, haciendo posible la explotación sin dominio. Los seres humanos que padecen depresión, TLP o SDO desarrollan síntomas patentes también en los llamados Muselmänner de los campos de concentración. Los Muselmänner son los reclusos

debilitados y tábidos que, como las personas que sufren una depresión aguda, se han vuelto totalmente apáticos y ya no son capaces ni de diferenciar entre el frío físico y la orden del celador. No podemos sustraernos de la sospecha de que el "animal laborans" tardo-moderno afectado por trastornos neuronales correspondería al Muselmann, con la diferencia, en todo caso, de que al contrario de este último está bien nutrido y no en pocas ocasiones obeso.

El último capítulo de *La condición humana* de Hannah Arendt trata de la victoria del "animal laborans". Frente a este desarrollo social, Arendt no ofrece ninguna alternativa efectiva. Tan solo constata con resignación que la capacidad de acción queda reservada ahora a pocos. Entonces, en las últimas páginas de su libro, hace un llamamiento directo al pensamiento. Según la filósofa, este es el menos perjudicado de aquel desarrollo social negativo.

Aunque el futuro del mundo dependa del poder de los hombres en acción y no del pensamiento, este, no obstante, no será irrelevante para el futuro del ser humano, puesto que es la más activa de las actividades de la vida activa y supera a todas las demás en su puro ser activo. De esta manera, Hannah Arendt concluye su libro con las siguientes palabras: «Quien tiene cualquier experiencia en esta materia sabe la razón que asistía a Catón cuando dijo: "Nunca está nadie más activo que cuando no hace nada, nunca está menos solo que cuando está consigo mismo"».

Estas líneas finales parecen un recurso de emergencia. ¿Qué puede hacer este pensamiento puro, en el cual «la experiencia de ser activo» se pronuncia de la manera «más pura»? Pues precisamente el énfasis de ser activo tiene mucho en común con la hiperactividad y la histeria del sujeto de rendimiento tardo-moderno. También la cita de Catón, con la que Hannah Arendt concluye su libro, parece un tanto impropia, puesto que a ella remite originariamente Cicerón en su tratado *De re publica*. En el pasaje citado por Arendt, Cicerón incita a sus lectores a apartarse del «foro» y del «jaleo de la multitud» y retirarse a la soledad de una vida contemplativa. Así, enseguida después de haber citado a Catón, Cicerón elogia propiamente la "vida contemplativa".

Según él, la vida contemplativa, y no la vida activa, convierte al hombre en aquello que en un principio debe ser. Arendt hace de ello un elogio de la vida activa. Asimismo, la soledad de la vida contemplativa de la que habla Catón no es compatible sin más con el «poder de los hombres en acción» que evoca Arendt una y otra vez. Por ende, al final de su tratado, Arendt habla en favor de la "vida contemplativa" sin pretenderlo. No se percata de que precisamente la

pérdida de la capacidad contemplativa, que, y no en último término, está vinculada a la absolutización de la vida activa, es corresponsable de la histeria y el nerviosismo de la moderna sociedad activa.

=====

Autor: Byung Chul Han

Fuente: Texto extraído de su libro [La Sociedad del Cansancio](#).

=====